



Comentario bibliográfico

Adriana Petra, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2017).

Florencia Oroz

Universidad de Buenos Aires

florencia.oro@gmail.com

Fecha de recepción: 26/11/2019

Fecha de aprobación: 03/12/2019

La historia del comunismo argentino es un tema recurrente en los estudios sociales sobre las izquierdas en nuestro país. Aunque mediante diferentes abordajes y desde distintas disciplinas, resulta significativa —al menos en términos relativos, con respecto a las investigaciones sobre otros agrupamientos políticos— la producción académica alrededor de determinadas figuras sobresalientes (Aníbal Ponce, Rodolfo Puiggrós, Héctor Agosti) o momentos históricos acotados¹. La obra de Adriana Petra tiene la virtud, precisamente, de transponer dichos límites autoimpuestos en los estudios anteriores para abarcar un período mayor —el que se extiende desde la fundación del Partido Comunista Argentino (PCA) en 1918 hasta fines de

¹ Un ejemplo que vale la pena traer a colación lo constituye la obra de Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007).

la década de los sesenta, aunque tanto en el título como en la Introducción se insinúe otro recorte — desde un enfoque original: el de la relación de los intelectuales con el Partido.

Un interrogante atraviesa el conjunto de su libro y sirve de ordenador general del texto: ¿cómo pensar el compromiso político de los intelectuales con una experiencia partidaria que exige una lealtad incondicional? (p. 12). Lejos de miradas reduccionistas, que presentan una institución monolítica y sin fisuras, la autora desarrolla su análisis haciendo eje sobre las múltiples contradicciones de una relación que no podía sino ser compleja. Mediante enfoques metodológicos variados, que van desde el seguimiento de trayectorias personales hasta el análisis de las más importantes iniciativas culturales partidarias pero que, tomados de conjunto, se inscriben en la línea de trabajo inaugurada por el francés Jean-François Sirinelli y seguida por el argentino Carlos Altamirano, Petra logra componer un estudio de historia cultural y de los intelectuales que sobresale por su exhaustivo trabajo de archivo.

Si bien el texto aparece organizado en seis capítulos que siguen un criterio mixto, superponiendo lo cronológico al tratamiento temático de algunos puntos fundamentales en esta historia, la obra, en su totalidad, se articula en torno a tres períodos bien diferenciados: el momento antifascista, primero, la etapa atravesada por los vaivenes de la Guerra Fría, en segundo lugar y, por último, los años de la revolución cubana y de la recepción de los escritos de Gramsci. El libro de Adriana Petra, al tomar nota de estas tres grandes etapas para el comunismo en la Argentina, logra comprender, complejizar y analizar de manera integral la gran cuestión que marcó al PCA en el siglo XX: su postura frente al fenómeno peronista, tensionada permanentemente entre la honda penetración de la línea antifascista y los mandatos antiimperialistas que reservaba el mundo bipolar para los comunistas del Tercer Mundo.

El primer capítulo del libro aborda por completo el momento antifascista. En la “antesala” a la investigación de Petra propiamente dicha, la autora apunta a brindar un panorama general del mundo intelectual del comunismo argentino desde la fundación del PCA en 1918 hasta los primeros años de la década de 1940, cuando el fin de la Segunda Guerra Mundial en el plano global y el inicio de la década peronista en el escenario doméstico conduzcan a un segundo momento. El deslumbramiento producido entre la intelectualidad internacional a raíz de la Revolución de 1917,

sumado a la lenta pero firme formación de un sentimiento antifascista ligado a la defensa de la cultura liberal constituyen, para la autora, los puntos nodales que explican la notable afluencia de intelectuales hacia las filas del comunismo. Se suma a éstos el conjunto de sensibilidades que se vieron movilizadas en el ámbito local y regional a partir de la Guerra Civil Española, aunque esta última no termina de aparecer ponderada en toda su magnitud en la investigación de Petra, quedando algo relegada con respecto al tratamiento que se da a la recepción local de la gesta rusa.

La etapa de “la Guerra Fría de los intelectuales comunistas” (p. 75) se extiende por los capítulos centrales de la obra de Adriana Petra. Siendo éste el eje de su investigación, la autora analiza el período de manera exhaustiva a lo largo de tres apartados en los que el abordaje de los debates nodales de aquellos años se impone por sobre el relato estrictamente cronológico. En el lapso que inicia en torno a 1947 y se clausura con el cisma provocado por el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y la invasión a Hungría en 1956, la intelectualidad comunista —principalmente en Europa, pero también en América Latina— vivió su momento de mayor ascendiente y también los inicios de su declive. Y es que este ciclo, a la vez que propició el acercamiento de numerosos intelectuales a las filas del comunismo producto del enorme prestigio alcanzado por el Partido a partir de la victoria sobre el nazismo, fue también un período de reforzamiento de la disciplina interna partidaria hasta límites insospechados. El “internacionalismo proletario” pasó a designar la más absoluta fidelidad a la URSS, y el “espíritu de partido” se tradujo en un mandato de sumisión total a las direcciones (p. 76), en un proceso de endurecimiento disciplinario que no podía dejar de hacer sentir sus consecuencias sobre la intervención cultural y el quehacer intelectual.

Es este ciclo contradictorio el objeto de análisis de los siguientes capítulos de la obra de Petra. Concentrándose sobre todo en las repercusiones locales y regionales de aquellas transformaciones, el segundo capítulo estudia las políticas culturales del comunismo y el proceso de reconfiguración de su espacio intelectual a partir de 1945. La “profesionalización” de la labor intelectual comunista, esto es, la superación de los mandatos “obreristas” a través de la definición de la acción cultural y la intervención en el terreno de las ideas como sus planos de participación específicos (p. 107), constituye la principal clave de análisis. En un proceso en absoluto exento de

tensiones y debates, emerge aquí el nombre de Héctor P. Agosti —de relevancia para la historia posterior— quien ya desde aquellos momentos cuestionaba la réplica acrítica y mecánica de las disposiciones soviéticas en el medio local, sosteniendo que aquellas no se correspondían con las necesidades “nacionales” de los países latinoamericanos (p. 126).

Recuperando de manera sumamente oportuna a Perry Anderson², Petra explica que a partir de 1945 se produce un hondo realineamiento de importantes consecuencias para lo que vendrá: la doble conexión “capital-lo nacional, trabajo-lo internacional”, que había sido la regla general hasta el momento, se invierte: mientras el internacionalismo se vuelve cualidad de un capital cada vez más transnacionalizado, el nacionalismo se convierte progresivamente en la causa de las masas explotadas contra el imperialismo occidental (p. 139). A estas cuestiones se dedica el capítulo tercero, que profundiza sobre el impacto de los motivos ideológicos del antiimperialismo entre los intelectuales del PCA, prestando particular atención a un suceso en extremo poco trabajado por la historiografía del período: el intento de giro del PC con respecto a su relación con el peronismo en el año 1952.

El capítulo cuatro, por su parte, se ocupa de abordar las alternativas latinoamericanas al Movimiento por la Paz, la más importante iniciativa cultural del comunismo a nivel internacional, por medio de la reconstrucción de las trayectorias de algunas de las figuras principales en el escenario local (Ernesto Giudici, María Rosa Oliver y Alfredo Varela) de un movimiento que reunió voluntades de la talla de Pablo Picasso, Jorge Amado, Pablo Neruda o Jean-Paul Sartre. El tópico del Tercer Mundo emerge con fuerza en un escenario complejo para los intelectuales comunistas latinoamericanos, para quienes la defensa de la URSS como baluarte de la paz y el progreso y los motivos antiimperialistas y nacionalistas que dieron sustento al discurso comunista desde fines de la década del cuarenta se presentaban como las dos aristas de un delgado equilibrio que mantener. Sin embargo, al menos hasta la invasión soviética a Hungría, que echó por tierra aquel equilibrio, los esfuerzos de los comunistas rindieron sus frutos. La repercusión del Movimiento por la Paz y sus alternativas locales y regionales obligaron a los intelectuales no alineados a crear, sucesi-

2 Perry Anderson, “Internacionalismo. Un breviarío”, *New Left Review*, no. 14 (2002): 16.

vamente y casi siempre por reacción, una serie de instituciones y movimientos análogos que permitieran dar la batalla en el mismo plano.

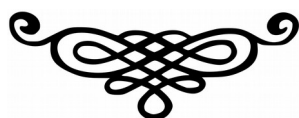
El quinto capítulo funciona a modo de bisagra, y la figura de Héctor P. Agosti sirve como medio para abordar los debates políticos, ideológicos y culturales al interior del PCA durante la década del cincuenta. Durante aquellos años, el proceso de desestalinización de la URSS, la emergencia de China y el mencionado aplastamiento de la rebelión húngara a fines de 1956 inician un período de fuertes debates y controversias al interior de los partidos comunistas en toda la región. Para los argentinos, sin embargo, el período revistió una complejidad adicional. Y es que, además de aquellas turbulencias que sacudieron al comunismo a nivel internacional, en el escenario local debieron afrontar dificultades no menores producto de las hondas repercusiones y realineamientos que en el ámbito cultural revistió el fin de la experiencia peronista. Aunque recién en la década posterior adquirirá sus contornos más definidos, estas discusiones tuvieron en los años cincuenta y en el intento de renovación partidaria emprendido por Héctor P. Agosti — inspirado éste en sus lecturas de Antonio Gramsci— un preámbulo ineludible.

El último capítulo, finalmente, tiene por objetivo recomponer los múltiples caminos de la recepción de la cultura italiana en el país, analizando particularmente el modo en que ésta repercutió en los debates al interior del comunismo argentino al introducir una nueva agenda de problemas y propiciar un espacio desde el que dar una batalla que, a la vez que política, se percibía cada vez más como una disputa también generacional. La autora recupera allí mucho del enfoque de Oscar Terán³ sobre las tensiones entre tradicionalismo y pulsiones modernizadoras, aunque opta por alejar algo más el foco y rastrear aquellas disputas como parte de un movimiento mayor, común a la mayoría de los partidos comunistas de occidente: el conflicto asociado al surgimiento de una nueva generación intelectual y a un proceso de modernización cultural que tuvo al marxismo como uno de sus ejes principales.

De lo que se trataba, en definitiva, era de una pugna eminentemente intelectual entre las élites políticas que hasta ese momento ofrecían las interpretaciones canónicas del marxismo y las

3 Oscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2013[1991]).

nuevas promociones de jóvenes intelectuales que, inmersas en una dinámica cultural en ebullición, propusieron nuevas formas de abordarlo (p. 330). Y, en el caso del comunismo argentino, la querella *pasadopresentista* resulta paradigmática. A partir del análisis de la experiencia articulada alrededor de la revista cordobesa, Adriana Petra concluye su libro mostrando el modo en que el proceso de recepción de la obra de Gramsci iniciado prematuramente por Agosti en los años cincuenta derivó en el nacimiento de una nueva izquierda intelectual y, con ella, en el “inicio del ocaso del comunismo intelectual en el país” (p. 35). Sin embargo, y sin desviarse de la propia argumentación de la autora, podría argüirse que dicho crepúsculo no es tal: que lo que agoniza hacia fines de la década del sesenta no es el comunismo intelectual en sí, sino la forma particular que la relación —siempre conflictiva— entre intelectuales y partido había adoptado durante el medio siglo anterior.



Intelectuales y cultura comunista constituye una importante contribución no sólo para el estudio de la izquierda argentina, sino también para el de los intelectuales. Distanciándose de aquellos estudios que ven en la experiencia de los comunistas argentinos la historia de una institución partidaria monolítica y anquilosada, Adriana Petra opta por zambullirse de lleno en el análisis de las contradicciones y complejidades que caracterizaron su accionar. Tomando como punto de partida los vaivenes de la relación que los intelectuales comunistas establecieron con el Partido, logra recomponer un tramo tan importante como poco explorado de la historia cultural e intelectual argentina del corto siglo XX. Y es que, tal como expresa la autora, la experiencia del comunismo intelectual continúa siendo paradigmática, pues centra sobre sí todas las paradojas de ese personaje moderno que es el intelectual.